

menor señal de despedida. Quedóse éste pegado al pedestal por un momento, y dejóse caer luego en la banquetilla que ocupaba antes la dama. Bajaba ya ésta la suntuosa escalera, del brazo del caballero, y un lacayo corría hacia la puerta, á pedir, sin duda, el coche.

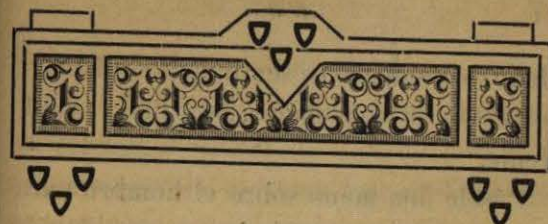
Pregunté entonces á mi primo si conocía al señor de la llave.

—Es Bureva—me dijo.

—¿Bureva?... ¿El Conde de Bureva?...

—Sí, Bureva; *el burro flautista*...

—¡Ya!...



II

QUEDÓSE Boy una buena pieza de tiempo clavado en la banquetilla que ocupaba antes su pareja, con los codos apoyados en las rodillas, fijos los ojos en el suelo, y tan absorto en sus pensamientos ó descuidado de los ajenos, que parecía extraño á cuanto le rodeaba.

Antojóseme, al verle en aquella guisa, que la retirada de la Pierrette tenía visos de fuga, y casándola en mi imaginación con la actitud pensativa de Boy, forjé en un segundo una historia de amores desgraciados y dramáticos sucesos, propia de esa edad, la mía de entonces, en que los engañosos lentes de la ilusión ven en cada matraz un idilio, y divisan en cada esquina un drama paseándose.

Acerquéme, pues, al Dido abandonado,

favo-
un á
gura-
pro-
ésar
mera

había
dole
peli-
vo.
este
vez
á las
es de
ésar
que
ego!
por

ción,
Aco-
uer-
con
mí,
omo
des

lleno de compasivos sentimientos, dispuesto á ser su consolador, su guía y confidente.

Púsele una mano sobre el hombro para provocar sus confidencias, y con el más insinuante de mis acentos le dije:

—¿En qué piensas, hombre?...

Volvió él la cabeza con perezosa lentitud, como si despertase de un sueño; apoyóse en mi brazo haciendo grande fuerza para levantarse, y contestóme al cabo, muy despacio, con voz más que profunda, cavernosa:

—En comer.

Volvíome este *hemistiquio* á la prosa de la vida, sin desechar del todo mis recelos. Así había sido Boy siempre; jamás dió otra razón de su conducta que el rotundo quiero ó no quiero de su altiva independencia, y nada hería tanto su amor propio, como las muestras de compasión que no buscaba ni pedía. Una chanzoneta aguda y aun grosera, ó una de esas *boutades* tan propias de los franceses, helaba en boca de sus amigos las más suaves palabras de consuelo ó de afecto.

—Prefiero que me llamen *perro judío*, á que me digan ¡*pobrecito!*!, decía ya en el

Colegio Naval, apretando los puñillos, cuando lamentábamos sus harto frecuentes arrestos.

Entramos en un comedor, solitario entonces, muy lindamente adornado, con muchas mesitas pequeñas que aguardaban á los hambrientos; escogimos la más retirada, al abrigo de una palma que brotaba en rico tiesto, y Boy tiró al punto en un rincón, gorro, peluca y careta.

Pude entonces contemplarle á mis anchas, y de tal manera absorbió su imagen mi retina, que allí quedó grabada siempre... Muchas veces cierro los ojos para evocar en la imaginación el fantasma de Boy, y siempre se me representa como le vi en aquel momento, después de cuatro años de ausencia.

El roce de la peluca había deshecho el lamido peinado con raya en medio, que usaban entonces los elegantes, y revueltos en artístico desorden sus cabellos rubios, tomaban, al reflejo de las luces, verdaderos vislumbres de oro. Dorado aparecía también por el sol y el aire del mar su rostro, desde la mitad de la frente hasta el principio del cuello, y comunicaba este tinte metálico á todo el airoso conjunto de su

favo-
un á
gura-
pro-
César
mera

había
ndole
peli-
vo.

e este
a vez
á las
es de
César
, que
s *ego!*
s por

ción,
Aco-
quer-
con
mí,
omo
ades

cabeza, una extraña y viril hermosura, que tenía mucho de fantástica, y vi reproducida, años más tarde, en el magnífico busto en bronce dorado del Hermes de Praxiteles, que causó la admiración de los artistas en la última Exposición de Viena.

Seguía mientras tanto el muy embustero ponderando el hambre que le aquejaba, con tan forzado disimulo, que sorbía á tragos, como quien toma una pócima, el substancioso *consommé* que le habían servido.

Mirábale yo de hito en hito, sin pronunciar palabra, observando en su fisonomía el paso de aquellos cuatro años, que le hacían merecer, con harta razón sin duda, el cursi y manoseado símil de *la flor marchita antes de tiempo*.

Conservaba, sin embargo, sin muestra alguna de descenso, aquel misterioso *no sé qué*, que le hacía simpático á todo el mundo, y le trocaba poco á poco, de amigo, en señor y dueño absoluto de cuantos le trataban de cerca; y persistía también, como grabada en su frente, aquella extraña mezcla de candor y de picardía, de bondad infantil y de enérgica audacia, que hizo decir al general Laviche, cuando teníamos

Boy y yo diez y seis años, y nos presentamos á él en la Capitanía general de San Fernando, para poner á sus órdenes nuestros vírgenes sables de guardias marinas:

—Parece un pillo injerto en un ángel...

Allí estaban, en efecto, abrazados y extrañamente confundidos en un solo sér, el ángel candoroso y el simpático pilluelo.

Mas parecíame á mí entonces que el ángel estaba triste, desanimado, como si quisiera huir al cielo y no pudiera levantar los pies de la tierra, por sobra de amor á su ingrato compañero, y veía también á éste, no imaginando, como antaño, alegres novatadas y audaces travesuras de guardia marina, sino abatido, desesperado como potro bravío á que por primera vez ponen el freno, esforzándose por ocultar en el último repliegue de su corazón las causas de su rabioso abatimiento.

Charlaba Boy sin darse punto de reposo, con cierta exaltación nerviosa, después de haber apurado con el *consommé* un par de copas de Burdeos; y mientras me prometía no parar en su charla en toda aquella noche, que tan por la punta tomábamos, trazábame el croquis de sus aventuras en aquellos cuatro años, distribuyendo los

epígrafes en esta forma, cual si fuesen capítulos de un libro:

Un viaje á Filipinas en la goleta *Santa Filomena*, doblando el Cabo de Buena Esperanza, por capricho del Ministro, con todos los aburrimientos, borrascas y rabietas consiguientes.

Seis meses de campaña contra los moros de Mindanao, sin otro resultado que tres semanas de calenturas, una herida de azagaya en un muslo, y una aureola de gloria impalpable é invisible.

Seis meses de licencia en la casa paterna, cuatro en Madrid y dos en Trouville, amenizados por desavenencias diarias con una madrastra, pícara de nacimiento, y concluidos por la ruptura definitiva con un padre duro y díscolo por enfermedad.

Dos años en París, como agregado militar á la Embajada, disfrutando todos los placeres, haciendo todas las locuras, tirando por la ventana el dinero propio y el de los usureros, hasta no quedar ni moneda en el arca, ni crédito en la plaza.

Oportuno estallido de la Revolución, que hace dimitir á toda la Embajada, y viaje repentino á Bayona, para recibir y acom-

pañar á Pau, como buenos y leales, á la Reina destronada D.^a Isabel II...

Atajé aquí la palabra á Boy sin miramientos.

Recordaba yo que todo aquel tiempo de su estancia en París había ocupado también un alto puesto en la Embajada el Conde de Bureva, y atando este cabo con la fuga de Pierrette, el mal humor de Boy, y la llegada de éste á Andalucía al mismo tiempo que la Condesa, entréme de nuevo á velas desplegadas por el mar de mi novela, y quise dar un golpe maestro.

Con la cara más simple de las muchas que entonces yo tenía, y de las cuales guardo aún más de una para muestra, le dije de pronto, mirándole con gran fijeza:

—Entonces, conocerías en París á Bureva, íntimamente...

Clavóme Boy los ojos cual si tuviese en ellos púas de acero, y quisiera calar hasta el fondo de mi pensamiento y, contestóme al cabo con naturalidad perfecta:

—Le trataba poco, y sólo de oficio... Vivía muy retirado con su mujer, en un hotelito de su tía, la viejísima d'Avrigny, á quien heredará probablemente.

—Lo decía, porque con esa *pose* de Gran

avo-

n á

ara-

pro-

ésar

nera

abía

dole

peli-

o.

este

vez

á las

es de

ésar

que

ego!

s por

ción,

Aco-

ouer-

con

mí,

como

ades

Visir que tiene Bureva, no sabe uno á qué atenerse. En París aseguraban que tu Embajador le tenía en mucho; y en Madrid, por el contrario, sólo le conceden las dotes de *Burro flautista*.

«Sin reglas del arte,
Borriquitos hay,
Que una vez aciertan
Por casualidad.»

—Pues cree que no es Bureva quien *por casualidad acierta*, sino Madrid quien *por casualidad entiende*... Bureva acierta de ordinario, porque piensa y siente y obra como un caballero: es hombre que vale, y te aseguro que hará carrera.

Desconcertóme por completo este sincero elogio del marido, y cometí entonces una impertinencia que, aun en el día de hoy, me remuerde como un crimen.

Con el mayor aire de malicia que pudo encontrar mi tontería, preguntéle á renglón seguido:

—Y la Bureva, ¿hará también carrera?

Tornóme á mirar Boy con el mismo ahinco, y contestó á mi necedad, con sencilla indiferencia:

—No sé que pretenda otra sino la de

honrada madre de familia... Es mujer que nunca anduvo en lenguas.

—¿Tú no la tratas?

—Poco... La conocí en Trouville cuando estuve con mi padre á la vuelta de Filipinas, y en las comidas de la Embajada solía verla en París de higos á brevas.

—¿Es guapa?

—Guapísima.

—¿Anda por ahí esta noche?

—Eso me dijo la Giraldinos, mi pareja; pero ni la vi en casa de ésta, donde para venir aquí nos reunimos los de la comparsa, ni la he visto después por ninguna parte.

Dijo Boy todo esto con tanta naturalidad, y con tan sencilla expresión llamó á la Giraldinos *su pareja*, que casi llegué á convencirme de que la chismosa Porrata me había engañado al asegurarme que era ésta la Condesa de Bureva.

No se renuncia, sin embargo, tan fácilmente á un mal juicio; ni destruye de una sola plumada una fantasía de veinticinco años, la difícil gestación de un drama romántico; ni gusta una buena voluntad sencilla y cariñosa, de ver desperdiciados tan de repente los consuelos que preparaba para los dolores que suponía.

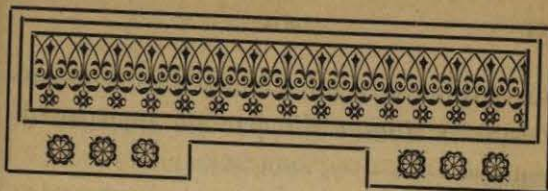
Lancé, á pesar de todo, á Boy otra mirada penetrante, que me hubiera envidiado Agamenón en persona; mas los ojos de mi amigo estaban hechos á prueba de miradas de águila, y no tuve más remedio que parapetarme tras las dudas que el raciocinio me ofrecía.

La Giraldinos era muy alta, y la Pietrette fugitiva bastante baja...

Aquella no tenía relaciones íntimas con Bureva, y ésta parecía tenerlas tan estrechas, que se marchaba con él del brazo sola, á la menor insinuación, media hora después de abrirse el baile...

Boy era muy listo, muy taimado, discreto y caballero como un Bayardo, en cuestiones de faldas...

Caveant Consules!...



III

ABRIÉRONSE en esto de par en par dos anchas puertas que aquel comedor tenía en uno de sus testeros, y apareció otro salón suntuoso, más claro y resplandeciente que si la luz del sol lo iluminase.

Extendíase por su centro, de un cabo á otro cabo, el *buffet*, opíparo y abundante, cual si la gran madre Cibeles, *magna parens*, que dijo Virgilio, hubiese derramado en él su cuerno de la abundancia, para refocilación de sibaritas y tragones.

Parecía aquello un alarde gigantesco de magnificencia provinciana, dispuesto para eclipsar ante los ojos de los ilustres huéspedes cortesanos, desde el homérico festín de las bodas de Camacho, hasta el convite del rey Asuero, verdadero poema gastronómico, sin igual en los fastos de la humanidad que come, que necesitó para

desarrollarse ciento ochenta días, como necesitó la *Iliada* un par de docenas de cantos.

Un enjambre de criados invadió al mismo tiempo el comedor en que nos hallábamos, para dar en él aquellos últimos toques de perfección y esmero que en el otro gran comedor ya se habían dado.

La hora del *buffet* se aproximaba, y los glotones más atrevidos aventuraban ya viajes de exploración en torno de las abastadas mesas, satisfacían la vista, avivaban el deseo, escogían posiciones, y con la boca hecha agua entraban y salían sin cesar, esperando impacientes la señal de ataque.

Divirtiéronos un momento este espectáculo, harto común en fiestas semejantes; mas contrariado Boy al ver interrumpida nuestra soledad, púsose de nuevo la careta, el gorro y la peluca, para no ser conocido, y desahogó su bilis, ó, como comprendí más tarde, apartó diestramente de los Burevas la conversación que antes teníamos, poniéndose á clasificar aquellas importunas avanzadas de la glotonería, en tres grupos distintos.

Pertenecían unos, según él, á la sustan-

ciosa escuela del clásico Apicio, que dió sabias leyes para condimentar el tocino.

Eran otros, delicados seides del elegante Brillat-Savarin, que aplicó la ciencia del cálculo á encontrar el punto de la *crème de volaille*; y procedían los más, del estado llano de la *gourmandise*, vulgares rebañaplato de ocasión, que lo engullían todo y lo tragaban todo, sin pedir antecedentes ni medir consecuencias, teniendo por única divisa, aquel magnánimo perdón que á las tan sabrosas como indigestas lampreas del Tíber dirigía el patricio Nomentano de golosa memoria: *Os perdono el mal que me hacéis, por el gusto que me dais.*

Crecía sin cesar el número de aquellos Apicios y Nomentanos de frac y corbata blanca, y crecía también en razón directa el mal humor de Boy, hasta que al cabo, no siendo aún las once y media, propúsome de repente abandonar el bullicio del baile y pasar charlando el resto de la noche en el cuarto del hotel de Roma, donde aquella mañana se había hospedado; esperar allí, fumando cigarro tras cigarro, como en nuestros buenos tiempos de guardias marinas, la hora del primer tren, y marchar entonces á la Carraca,

para pasar el día juntos á bordo de *El Ferrolano*, donde Boy estaba de guardia.

Confirmó esta salida inesperada mi sospecha de que la fuga de la Pierrette, fuese ó no ésta la Condesa de Bureva, había trastornado por completo los planes de Boy, dejándole *solo en medio del bullicio* y haciéndole coger un desengaño donde creyó quizá ver madurar una esperanza.

Parecióme que encajaba allí como de molde aquello de *Á corazones heridos, sombra y silencio*, y acepté encantado la propuesta; mas introduje, por desdicha, la mudanza de que, en vez de pasar la noche en el hotel, la pasásemos en mi casa, y de aquí arrancó, por culpa involuntaria mía, la cadena de desgracias á que había de dar lugar aquella noche funesta.

Un ridículo incidente que en aquel momento sobrevino remachó fuertemente el primero de sus eslabones, por ese extraño enlace que tienen á veces los sucesos más triviales con los más grandes acontecimientos.

Entró el Duque de Sos muy apresurado, y detúvose en el umbral mismo de la puerta adonde Boy y yo nos dirigíamos, dando

órdenes al *maitre d'hôtel*, con grande calor y urgencia.

Su pericia diplomática habíale descubierto un gran secreto que podía explotar la galantería en provecho de la política.

La Ministra, malagueña empedernida, que no siempre se tenía firme en sus estribos de *personaje consorte*, habíale confiado, en un momento de exaltación patriótica, que ningún bocado era tan grato á su paladar como un manojito bien caliente de boquerones de su tierra.

El capricho era *shoking*, para dicho á todo un Duque de Sos, á las puertas de un *buffet* de tan remontados vuelos.

Mas siempre fué ley constante en todas las Zapaquildas olvidarse de las galas de novia para correr tras el apetitoso ratoncillo; y esta flaqueza, común á las mujeres y á las gatas, era, sin duda, la que la chochera rematada de mi tío pretendía satisfacer como galante y explotar como político.

Sabía él muy bien que si el camino del corazón á la inteligencia fué siempre, en lo moral, el más seguro para llegar al convencimiento, el atajo del estómago es, en los tiempos de cesantía, por donde más

presto se arrastra una voluntad á cualquier ideal político.

La aplicación podría estar mal hecha, pero era exactísimo el principio.

Apresuróse, pues, el buen viejo á encar-
gar al maître d'hôtel aquellos sabrosos
auxiliares políticos, para que, al abrirse el
buffet, fuesen servidos á la Ministra; pare-
cióle á aquél más difícil hallarlos, que la
tan famosa *nieve asada* que apeteció la
princesa Antojadiza.

Instó el Duque, arguyó el otro, y como
se prolongase demasiado la contienda, sin
que ninguno desamparase el umbral de la
puerta, escurrimonos Boy y yo por otra
excusada que daba á las galerías, para
evitar el encuentro de mi tío.

Otro nos esperaba allí, que había de
figurar más tarde en un aciago proceso.

Era aquello, más bien que galería, un
estrecho pasadizo que iba á parar en una
escalerilla excusada, y comunicaba con el
tocador que para las señoras habían dis-
puesto.

El respeto natural á tan reservado re-
cinto hízonos pasar ante su puerta muy
de prisa, de puntillas, como quien huye
clandestinamente, encajándose Boy sobre

el traje de Pierrot su *par-dessus* forrado
de sedas, atándome yo al cuello mi suave
foulard blanco...

Sonó el ruido de una puerta, oí crujir
un traje de seda, y sin que pueda yo ex-
plicarme aún de dónde surgió la maldita,
vi de repente ante nosotros á la Condesa
de Porrata cerrándonos el paso.

Pegámonos ambos á la pared para de-
járselo á ella franco, haciéndole un pro-
fundo saludo.

Mas la vieja, sin dar muestras de re-
conocer á Boy, aunque mi simplicidad le
había descubierto antes su incógnito, de-
jóle pasar delante, y me detuvo á mí por
el brazo, diciéndome casi al oído, pero lo
bastante alto para que Boy la escuchase:

—¡Ay, ay, ay!... ¡Qué mal me huele esta
fuga!...

—¿Fuga?—repliqué yo tartamudeando.—
Le aseguro á usted que nadie me persigue.

—Pues si nadie te persigue, alguien te
arrastra—dijo la Porrata mirando á Boy
de reojo con profunda malicia.

Mas sin sospechar él que le hubiese re-
conocido la dama, siguió la broma, contes-
tando con ademán dramático y chillona
voz de máscara.

—¡Le arrastra el destino!
 —Muy señor mío... ¿Y adónde le lleva semejante ángel de la guarda?...
 —Á tomar el fresco,

*Al pallido chiaror
 Che ven degli astri d'or... (1).*

Dijo esto último Boy cantando la música de aquella letra de *Mathilde di Shabran*, si mal no recuerdo, y aplaudióle la Porrata al terminar, exclamando con cierta risa nerviosa:

—¡Muy bonito!... ¡Muy bonito!... ¡Vaya si sabe este señor Destino!... De seguro que ha aprendido todo eso *degli astri d'or* en las aleluyas de Don Crispín,

«Que mirando á las estrellas,
 Se acordaba mucho de ellas.»

Miróla Boy un momento á los ojos para dar malicia á su respuesta, y contestó después con solemne aplomo:

—*Mes seuls livres furent les yeux d'une femme, et la folie tout ce qu'ils m'apprirent (2).*

(1) «Al pálido resplandor
 Que viene de los astros de oro.»

(2) Mis solos libros fueron los ojos de una mujer, y la locura lo único que me enseñaron.

—Y saliste aprovechado discípulo, señor Destino... Yo te lo aseguro á ti, y á Paco se lo aviso...

—Créeme —añadió, apretándome un brazo, mientras Boy se apoyaba en el otro para no perder palabra.—No te fíes de ese Destino, que tiene cara de aciago.

Sentíame yo molesto, como si me diese el corazón que aquellas frívolas burlas traían consigo una tormenta, y por atajar la palabra á Boy, dije apresuradamente:

—¿Aciago?... Y ¿por qué ha de serlo?...

—Porque lo dice el refrán, hijo mío: «Quien con lobos anda, á aullar se enseña.»

La alusión era tan directa, que Boy la recogió en el acto; cuadróse ante la dama, sin soltar mi brazo, y con el dedo índice de la mano derecha empinado, repitió en su voz natural este recitado de una *partitura* muy en boga entonces:

«La volpe lascia il pelo
 Non abbandona il vizio;
 Contessa mia, giudizio,
 O vi faró pentir...» (1).

(1) «La zorra pierde el pelo
 Y no abandona el vicio;
 Condesa mía, juicio,
 Ó haré que os arrepintáis.»

33265

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 No. 1625 MONTERREY, MEXICO

Comprendió muy bien ella que iba dirigida la pulla á su bien sentada fama de vieja chismosa; mas hízose la distraída, y encarándose con Boy, díjole con calculada perfidia:

—*Lascia il pelo!... Lascia il pelo!...* Pues la desgracia tiene fácil remedio... Quien pierde el pelo, compra peluca... Si tú la necesitas, te recomiendo las del *Pájaro verde*... Ya sabes, Joaquinito López... Trabaja bien y barato..., y hasta fía, si es preciso...

Y con la saña y el empuje con que debían arrojar los Partos su renombrado dardo, al combatir huyendo, añadió:

—Y mira..., es tan caballero, que no obliga á firmar recibo.

Sentí crisparse á estas palabras la mano que Boy apoyaba en mi brazo, y fué tal mi aturdimiento al recordarme esta alteración suya las extrañas chismografías de las *Pájaras verdes* que acababan de contarme, que ni contesté á la pomposa reverencia que la Porrata nos hizo, ni puedo decir si desapareció por escotillón, como las brujas de teatro, ó se fué por la puertecilla de escape que allí tenía el tocador de señoras.

Tengo idea de que Boy me arrastró en-

tonces hacia la escalerilla, y estoy seguro de haberle oído algo parecido á esto:

—¡Maldita estrella la mía!... ¡Me ha conocido esa bruja!...

Volví la cara asustado al doblar la esquina del pasadizo, y esto lo recuerdo y lo recordaré mientras viva, porque me pareció ver allí, al natural, uno de esos *caprichos* de Goya, que hermanan lo ridículo con lo fantástico y aun terrible, y dejan en el ánimo una extraña impresión que pudiera llamarse de cómico espanto.

Por la puertecilla, entreabierta, salía un chorro de luz. Destacábanse entre sus rayos, cual dos manchas negras, la cabeza de la Porrata, cargada de brillantes falsos y tirabuzones postizos, y por detrás de ella, al nivel casi que correspondía á la cintura, otra cabeza negra, vulgar, angulosa, feísima, cuyo cuerpo, sin duda en cuclillas, se ocultaba por completo entre los rasos y encajes de la inmensa cola de la Condesa.

Parecióme el diablo familiar de ésta, acechando los pasos de Boy.

Volví la cabeza, como antes dije, y hundiéronse ambas de repente en el tocador, como dos víboras en su agujero; cerróse de golpe la puerta con grande estrépito, y que-

dó solitario el pasillo, alumbrado tan sólo por dos mecheros de gas que la corriente de aire movida hizo titilar bruscamente, prestando á las paredes una movilidad fantástica.

Tuve entonces un escalofrío de miedo, al mismo tiempo que una intuición maravillosa que jamás he podido explicarme.

Recordé de improviso que el peluquero Joaquinito López tenía tres hijas feísimas, Marías las tres de nombre, llamadas por la burlona gente andaluza, para distinguirlas, María Satanás, María Lucifer y Mariquita de todos los demonios...

Y sin más antecedentes, ni más raciocinio, ni haber yo visto jamás á ninguna de aquellas tres Marías, convencíme hasta la evidencia, de que el avechicho pegado á la cola de la Porrata, era la menor de las tres *Pájaras verdes*, Mariquita de todos los demonios...

Y la tragedia horrenda que tres horas después había de seguirse, vino á probar-me que no me había engañado; que Mariquita de todos los demonios, sin que uno solo faltase, era en efecto.



IV

RECUERDO que, no bien puse el pie en la calle, miré ansiosamente á una y otra parte, buscando á Boy con los ojos. Habíase adelantado unos pasos, y creíale yo víctima aún de la violenta turbación que las maliciosas razones de la Porrata le habían causado.

Vile á corta distancia parado en la acera, mirando tranquilamente al cielo encapotado, con la mano derecha extendida para calcular la fuerza de la lluvia.

Caía, en efecto, una menuda llovizna, y en el silencio profundo de la noche oí su voz burlona y sonora, que me gritaba sin la menor alteración, en su puro y vibrante timbre de barítono:

—¿Sabes, chico, que nos vamos á poner hechos una sopa?

«Al pallido chiaror
Che vien degli astri d'or?»